

nº
03

NOSTALGIA DE UNA COMUNIÓN: LA PERSONA EN LA HISTORIA

NOVIEMBRE 2016



Prepublicación del número 3 de *Relecciones*

RESEÑA DE

“Teología Política Imperial y comunidad de salvación cristiana” de VILLACAÑAS, José Luis

Reseñado por
AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Teología Política Imperial y comunidad de salvación cristiana

Autor / Author

VILLACAÑAS, José Luis

Editorial / Publishing company

Editorial Trotta. Madrid, 2016. 718 pp.

José Luis Villacañas, catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad Complutense, nos ofrece en este volumen los resultados de una apasionante investigación acerca de la relación entre la teología política y la ideología de la revolución imperial romana. Se trata del análisis de una de las cuestiones de teoría política más apasionantes y propias de la filosofía Occidental, estrechamente vinculada con la cuestión de la secularización del poder y de la estructura política.

El ensayo recorre el pensamiento desde la genealogía de la *ratio imperial* romana, pasando por la racionalización de la ética judía y la religión de salvación cristiana, hasta llegar a la figura de Agustín de Hipona, sin duda, como señala el propio autor hacia el final de dicho capítulo, «una revolución teórica sin precedentes para Occidente (...) en la medida en que ha pensado de otro modo tanto la vida individual como la colectiva» (p.595). No tengo ninguna duda de que el momento histórico, tras el fracaso de las ideologías y la crisis de las estructuras políticas y económicas derivadas de la Modernidad, tiene que asumir el reto de las nuevas formas de convivencia en todos los órdenes de la vida social relejendo los clásicos, y en especial, las fuentes que configuraron nuestra tradición. Tal es la riqueza de este volumen, y la invitación que con el mismo nos propone el autor.

En el breve espacio de esta reseña no podemos más que asomarnos a la ingente labor crítica que encierra este volumen. En el prólogo de la obra, el autor nos sitúa en la génesis de la misma, tras ocuparse de la edición española de la *Teología política* de Carl Schmitt, y tras la lectura de Weber y Blumenberg. «Este libro quiere, primero, impugnar la leyenda de que Carl Schmitt es un hijo intelectual de Weber y, segundo, confirmar la leyenda de la imposibilidad de la teología política católica, tal y como se desplegó en la polémica mantenida entre el jurista Schmitt y el teólogo Erik Peterson. (...) La leyenda schmittiana afirma que existe una teoría del poder político que brota de

una soberanía política católica, esto es, de una teoría que reunifica de forma esencial el poder temporal y el poder religioso, de tal manera que no se contempla la existencia de un resto profano. Tal cosa no ha sido pensada nunca por la teología católica» (p.9).

Y un poco más adelante nos resume la apasionante tesis por la que apostará el libro: «una mínima teología es necesaria a la religión de salvación. El vínculo entre ambas viene dado por la noción de *deificatio*. Ahora bien, en la medida en la que el Imperio romano se basaba en una *deificatio* imperial con fines legitimarios gubernativos, hay trasvases interesantes y analogías impresionantes entre la concentrada *deificatio* imperial y la teología de la religión de la salvación cristiana. Sin embargo, estas analogías y transferencias, al servicio siempre de una democratización de la *deificatio* propia del catolicismo, no bastan para conformar una teología política católica. A lo más que pueden llegar es a poner las bases de una teoría de la doble sociedad perfecta, la forma específica en que la época católica fue consciente de la imposibilidad de la teología política» (p.10). Lo que, entre otras cosas, está en el origen de la división de poderes como rasgo de teoría política específico de Occidente que el hobbessianismo (y la Modernidad en general) buscaron cancelar. Con sus problemas, tensiones, conflictos o cooperaciones, sólo el catolicismo ha permitido y mantenido separados religión y política.

La clave de lectura del libro, por tanto, se remite a Weber y a la que califica como su «poderosa obra, abierta y sensible al carácter evolutivo de la humanidad al margen de las representaciones de decadencia y final» ya que «por mucho que el proceso histórico no esté sometido al control intencional de los seres humanos, no quiere decir que no esté afectado por las estructuras de la subjetividad. La historia puede no ser un proceso teleológico, pero no por ello dejará de estar abierta» (p.12). Rechaza de este modo los modelos teóricos tanto de Heidegger como de Schmitt, y sus visiones más o menos deterministas de los procesos históricos, y en consecuencia, incapaces de ofrecer un contexto teórico adecuado para la comprensión de la sociedad como comunidad no sujeta de manera absoluta a los mecanismos del poder político.

El ensayo se vertebra en siete capítulos, cuyos títulos indican no sólo el contenido particular de cada uno, sino también el itinerario lógico que los encadena. Partimos en la lectura, en el capítulo 1, de la «genealogía y lógica de la ratio imperial romana» y del estudio (en el 2) de la «racionalización ética judía y religión de salvación cristiana» para comprender así «la revolución teológica de Pablo y sus consecuencias» (capítulo 3). Esto le permite al autor hacer en el capítulo 4, un primer balance de la incipiente relación entre Imperio romano e Iglesia católica a través del análisis de los testimonios de Plinio, Luciano, Marco Aurelio, la lucha con Celso y la transformación del cristianismo con Clemente en conciencia pedagógica. De esta «teología política imperial y militancia cristiana», como se titula dicho capítulo, llegamos al quinto, «la teología trinitaria y el destino de la teología imperial», en el que se valora la confluencia de la filosofía platónica con la especulación teológica (Orígenes, Arrio, Diocleciano) hasta la figura de Constantino. Las consecuencias del primer concilio de Nicea se analizan en el capítulo sexto, «Hilario, Ambrosio y el camino del catolicismo en Occidente», que prepara la síntesis clave tanto para la teología como para la teoría política en Occidente que en el capítulo séptimo se

aborda bajo el título «Mal y salvación: Agustín de Hipona».

En una obra tan ambiciosa, que maneja una ingente cantidad de información y documentación, son muchos los planteamientos o afirmaciones que pueden suscitar polémica, debate o cierta controversia. No sólo es lógico, sino que la riqueza de la propuesta del autor está, como decíamos, en que obliga a pensar esquemas y categorías en los que nos movemos más o menos conscientemente, pero sin sopesar adecuadamente su alcance y consecuencias. Uno de los capítulos en los que hay afirmaciones claramente polémicas, por ejemplo, es en el segundo, cuando expone «la racionalización ética de Jesús», pues resulta complejo reducir la predicación de Cristo al mensaje meramente ético, aunque lo tenga, y excluir la conciencia que tenía de sí mismo como Mesías. Es más, reducir el anuncio del Reino a un autodescubrimiento de una dimensión ética presente en el ser humano es forzar el hecho cristiano, puesto que no hay forma de que un maestro, un rabí, pueda ponerse por encima de la Ley si no hablara como Dios. Sin ir más lejos, en el segundo volumen de su *Jesús de Nazareth*, Benedicto XVI dedicó un epígrafe al análisis del «Reino de Dios» y su papel en la predicación de Jesús entendido como nuevo Moisés, figura mesiánica del Deuteronomio completamente distinta de la esperanza mesiánica de los otros libros del Antiguo Testamento. Y sobre todo, hay un profundo comentario del Sermón de la Montaña como discurso cristológico que gracias al comentario del rabino Jacob Neusner queda no sólo plenamente de manifiesto, sino que sobre todo muestra cómo para un judío, de entonces y de hoy, el discurso de Jesús sólo podía ser admitido si quien lo hacía tenía una autoridad superior a la Ley.

Claramente el autor declara que no es su pretensión entrar en el discurso y debate teológicos, pero hay un punto en el que si se acepta que el mensaje de Jesús es una ética de la salvación, como afirma en la p.147, cuyo contenido es su propia vida, es difícil mantener la escisión, que no la distinción, entre lo teológico y lo ético. A este respecto, sí es muy certero el análisis que de la dimensión ética de la vida y mensaje de Jesús hace el autor, mostrando su novedad radical anterior a la sospecha de Bultmann de contagio helenístico, a partir de la racionalización ética del pueblo judío. En un cierto sentido es cierto que Cristo no proponía una religión nueva (cfr. p.150) si por tal entendemos una estructura ritual y cuasi ideológica, puesto que el anuncio del Reino mostraba cómo el camino del pueblo elegido había llegado a su plenitud en Él. Y para los contenidos específicos de este ensayo, creo que acierta al mostrar que esta novedad supone una forma específica de comunidad radicalmente distinta de la del pueblo judío por un lado, y de la salvación de las religiones místicas paganas.

Pero quedarnos en estos apuntes sería olvidar el recorrido del libro, que en lo esencial muestra cómo ha de recuperarse en el debate intelectual la tensión entre la teología política y la teología de la historia como las elaboró Agustín de Hipona, donde el gran obispo y padre de la Iglesia articuló en *La Ciudad de Dios* una inevitable y necesaria tensión en la división de poderes (terrenal y divino): «Agustín no quiere calcular ni asegurar cómo el gobernante de la *res publica* puede ser uno de los salvados o de los condenados, pertenezca a la Iglesia visible o no. Pero esta preparación a la *tolerantia* no es indiferencia ni entrega de la capacidad de juicio. No es olvido de sus deberes, sin excepción, en tanto que gobernante. Escéptico sí, en la

medida en que no es necesario ni prometido que sea bueno. Pero no resignado ni sumiso en cuanto que sabemos qué debe hacer si queremos seguir en el camino del *ordo amoris* hacia la iglesia invisible, hacia un futuro del que obtenemos la energía de la militancia. El escéptico es así el hermano del creyente, porque ambos se unían en la experiencia radical de la crisis. Respecto a la historia, ambos vivían la misma desvinculación y ambos sabían que el Reino de Dios no es de este mundo. El escepticismo era la fe secularizada, de la misma manera que la filosofía de la historia era la teología secularizada. Pero el creyente de Agustín, como es natural, sabe que el camino hacia la ciudad de Dios para por este mundo y está dispuesto a luchar por ello» (p.603).

Para finalizar este comentario nos queda hacer una última anotación sobre la forma y exposición de los contenidos. Es muy de agradecer la claridad no sólo del estilo, que pese a la complejidad de los temas y la multiplicidad de fuentes utilizadas mantiene siempre una corrección y una homogeneidad que le permite ser culto sin caer en cultismos innecesarios, sino también la claridad expositiva de las tesis que va articulando en cada capítulo. Tanto al inicio como al final de cada uno resume el itinerario teórico y argumental, de modo que el lector siempre tiene a mano las referencias esenciales, piedras miliare dentro de un estudio tan ambicioso y documentado. Esta última costumbre que han perdido muchos estudiosos y ensayistas constituye no sólo un gesto de cortesía, sino también una última prueba del rigor con el que se ha conducido el autor tanto en la investigación como en el relato de sus logros.■

AGEJAS ESTEBAN, José Ángel

Universidad Francisco de Vitoria
 Madrid (España)

Re lectio nes

www.relecciones.com



Universidad
Francisco de Vitoria
UFV Madrid